



89

1289

EL ORIGEN DEL HOMBRE
SEGUN LA CIENCIA

(TÉSIS DEL DOCTORADO)



LIBRO
A la Biblioteca provincial
de Leon

Leonor S. de Guebara

EL
ORÍGEN DEL HOMBRE
SEGUN LA CIENCIA

POR

D. LESMES SANCHEZ DE CASTRO

DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUJÍA

MÉDICO PRIMERO

DEL HOSPITAL DE SAN ANTONIO ABAD DE LEON

Y MIEMBRO DE LA ACADEMIA

MÉDICO-FILOSÓFICA DE BOLONIA



MADRID

IMPRESA DE F. MAROTO É HIJOS

calle de Pelayo, núm. 34

—
1880



EL ORIGEN DEL HOMBRE

SEGUN LA CIENCIA

ESPECTÁCULO verdaderamente notable ofrecen hoy á nuestra consideracion las ciencias, buscando con incesante afan, no sólo el génesis de todo lo que nos rodea, pero tambien la razon de nuestro propio sér. Ávida de conquistas, la inteligencia humana explora con atrevido paso la causa de fenómenos envueltos hasta hoy en el misterio, y como si ninguna verdad hubiera sido bien establecida, levanta pasmosas controversias, intentando soluciones nuevas para todos los grandes problemas sociales; esfuerzo jigantesco, que ha logrado torcer las corrientes de la sabiduría, haciendo imperar las ciencias positivas en el campo de los estudios.

Empujada unas veces, y sirviendo de guía las más, la medicina concurre en primer término á fijar este derrotero científico, llevando hasta un límite asombroso sus adelantos anatómicos y genéticos, como si del fondo de sus experimentaciones y análisis hubiera de surgir una verdad capaz de servir de fundamento á toda suerte de verdades; como si en el campo fecundo que el microscopio explora, hubiese de encontrar un nuevo punto de Arquímedes, apoyada en el cual la ciencia volcase el mundo de las ideas. Noble empeño, ciertamente, pero que mal dirigido puede determinar lamentables efectos, encerrando la antropología, ciencia social por excelencia, en los estrechos límites del anfiteatro y del laboratorio.

Nada más interesante, pues, que estudiar esas doctrinas, á cuyo influjo se desenvuelven los más tremendos problemas; nada que más importe á nuestro presente y al porvenir de la humanidad que inquirir lo que haya de cierto en este movimiento científico, que, destruyendo antiguas creencias, señala un nuevo origen y un destino nuevo á los hombres.....

Lo dicho basta para indicar cuál será el objeto de este trabajo: que si, como decia Descartes, «sólo á la medicina debe pedirse la resolución de los grandes problemas relativos á la humanidad», no estará fuera de propó-

sito investigar ahora el origen del hombre, y analizar, hasta donde alcancen mis escasas fuerzas y los reducidos límites de este escrito, las doctrinas que sobre tan grave materia propagan muchos médicos y naturalistas en nuestros días.

.....

¿Cuál es, científicamente hablando, el origen del hombre?

¿Qué hay de cierto en la teoría de la evolución transformista?

I

Para proceder con el debido orden y claridad en el estudio de cuestión tan importante, conviene, ante todo, fijar el hecho capital de la *Creación*: porque sin determinar el origen del universo, fuera imposible entender lo que son los seres cuya vida en él se manifiesta.

«¿Habeis reflexionado alguna vez, —pregunta un doctísimo profesor, —en aquel instante del tiempo en que el hombre fué colocado de repente sobre el globo, cuando en un momento anterior todavía no existía? Colocado: ¿por quién?... En cuanto á mí, he

reflexionado sobre el particular como químico, y debo aseguraros que, ante tal maravilla, mi espíritu se ha visto confundido y trasportado por la admiracion, y que en un impulso de entusiasmo, me incliné adorando á Aquél que ha podido hacer tan grande obra» ¹.

Lo que este ilustre maestro dice de la aparicion del hombre sobre la tierra, puede decirse, y aún con más razon, de la materia cósmica, si es que, aceptando el lenguaje en uso, quisiéramos suponer que de los átomos se han ido formando los mundos y los séres.

En efecto, admítase la teoría que se quiera respecto á la Creacion; ¿quién, cómo y cuándo hizo los elementos atómicos? ¿Quién, cómo y cuándo les dió las propiedades que los distinguen, ó la fuerza en virtud de la cual las adquirieron?

Para el panteismo, cuyos varios sistemas no presentan, en último término, más que una sola teoría, redúcese todo á negar la Creacion y á admitir la unidad sustancial de los séres. Para todos los panteistas, el mundo y los séres que le pueblan son una misma cosa con la sustancia divina, de la cual se han formado, ó por *emanacion*, ó por *evolucion*; y aún

¹ *Del origen de la materia y su esencia*. lecciones pronunciadas en la Facultad de Medicina de Montpellier, por Mr. Bechamps.—Traducción de M. A. San Juan.

hay escuelas que suponen que el universo no tiene más que una realidad aparente, no siendo otra cosa que un accidente de Dios.

Mostrado está hasta la saciedad el absurdo de este sistema, que pretende que una sola sustancia sea á la vez cuerpo y espíritu, extenso é inextenso, mutable é inmutable, ó, como decia Voltaire en su *Nota sobre los sistemas*, que pueda ser á la vez jardinero y planta, médico y enfermo, asesino y víctima, destructor y destruido.—En una palabra, el panteísmo destruye la idea de Dios y la de la libertad, y respecto á la creacion ú origen del universo no dice otra cosa más que lo que dice el materialismo; con la sola diferencia de que sus sectas llaman *Idea*, *Yo* y *Absoluto*, á lo que éste llama *Materia*.

Los materialistas suponen, pues, que la sustancia única, despues de un reposo de tiempo indefinido, comenzó,—no nos dicen por qué,—á moverse y á desarrollar sus potencias, produciendo, en virtud de no sabemos qué ignotas facultades, la nebulosa primero, despues el fuego ó los mares, hasta que por último, sin saber cómo ni cuándo, en torbellino de siglos perdurables, parte de ella se convierte en vegetal; más tarde en plasma y célula y animal vertebrado, y, finalmente, en hombre pensador; y no sabemos lo que en su

eternidad y omnisciencia producirá de aquí á otros cuantos millones de siglos.

Á nosotros, á la filosofía del sentido comun, la observacion de lo que vemos, de lo que sucede (no de lo que *suponen* que debió de suceder los que piden demostraciones si algo ha de establecerse como cierto); á nosotros, la observacion de la naturaleza, en que todo es mudable y perecedero, nos dice que ninguna de las criaturas, animadas ó inanimadas, tiene en sí la razon de su existencia; que todas podrian dejar de ser ó no haber sido; y, por tanto, que un tiempo fué en que ni ellas ni las leyes á que obedecen existian, y en que fueron creadas por un Sér superior en naturaleza, libre, sapientísimo, á cuya soberana voluntad brotaron del cáos de la nada; acto al cual, explíquese como se quiera, llamamos Creacion.

Mas de nada no se hace cosa, ni la cosa es susceptible de reducirse á nada: luego la materia es eterna, objeta aún el positivismo, como si el argumento no envolviera una peticion de principio; y sin fijar siquiera el significado de las palabras, añade: que la fuerza es la principal propiedad de la materia, tanto, que vienen á ser como una misma cosa, pues la materia no es más que fuerza en potencia, y la fuerza materia en acto.

Pero ¿qué es la fuerza? ¿Qué es la materia? Aparte de los que el Santo filósofo de Aquino escribió de la forma sustancial del sér, con lo que evidenció que la forma sustancial se diferencia de la accidental en que ésta no comunica el sér *absolutamente*, sino *tal ó cual sér*, á la manera que el calor dá al sugeto en que se halla, no el sér absolutamente (*simpliciter*), sino *el sér cálido*, Lavoisier fué el primero que hizo notar que los que llamamos estado sólido, líquido y gaseoso, no son más que groseros atributos de la materia; por lo que, desdeñando como químico todas las apariencias, la definió como pesada, autónoma é indestructible. Las especulaciones sobre los átomos son, por ende, científicamente hablando, verdaderas fantasías, que ni pueden tener ni tienen la sancion experimental. Por eso el mismo Condillac dijo, que cuando se ha querido penetrar en la naturaleza más allá de lo que llamamos sustancia, no se han palpado más que fantasmas y sombras.

Es decir: que no conocemos la materia si nos apartamos de la idea que de ella dió Lavoisier, y que todo eso de fuerzas y potencias es sólo vana palabrería, con que pretenden velar el misterio de su origen los que del misterio huyen.

Luego el materialismo, como el panteísmo,

tampoco es la ciencia, y no puede resolver el problema.

Con razon, pues, un matemático, astrónomo y físico de primer orden, M. Hirn, de Viena (después de vengar á Laplace de una frase que se le atribuye por la confusion que se hace de las palabras creacion y formacion de los mundos), escribe, con la precision de las matemáticas, en una Memoria sobre Saturno, lo siguiente, que M. Bechamps trascribe en el trabajo antes citado: «La materia, la fuerza, el alma humana, pudieron únicamente ser creadas con sus atributos, propiedades y facultades: en este mundo el hombre no tendrá, ciertamente, la idea más remota de este acto del Creador; sólo puede comprender su *precisa necesidad*.

»Tal es el lenguaje científico.

»Todo cuanto existe, lo que vemos y lo que no vemos, lo que palpamos y no palpamos, ha sido creado.»

«Así hablan, añade el sábio profesor de Montpellier, todos los grandes fundadores de las ciencias, y esto afirman, con absoluta certidumbre, todos los grandes hombres, honra de la humanidad; las declamaciones en contrario carecen de valor científico.»

Y si las ciencias físicas y naturales sólo pueden llegar á comprender la absoluta nece-

sidad de la Creacion, la sana filosofía la confirma plenamente.

Cierto que el hombre nada puede hacer sin una materia preexistente; pero en esto mismo se ve que una cosa es la obra y otra cosa su autor, y, por tanto, que si el universo lleva en sí las señales de una obra admirablemente maravillosa y sapientísima, fuerza es reconocer un Sapientísimo Omnipotente Autor, cuyo poder ha llegado allí donde no puede llegar otro poder alguno; poder capaz de hacer que exista lo que no existia, de producir el sér en el cáos de lo que no era.

¿Cómo es, cómo pudo ser esto? La ciencia confiesa por boca de M. Hirn que no es posible comprenderlo. Empero, porque el acto creador sea insondable, como es insondable la esencia de todas las cosas, como nos es insondable el misterio de nuestra propia conciencia, ¿habremos de negarlo? Al contrario; la lógica lleva á ese misterio con fuerza irresistible, imponiendo la fé á la razon, por la razon misma que lo ve claramente, á pesar de sus velos, entre los resplandores del infinito. Lo que no concibe la razon es el absurdo filosófico de suponer orden sin ordenador, vida en la muerte, inteligencia en la materia, leyes sin legislador, concierto sin armonía; absurdo increíble que aceptan, sin embargo, *científica-*

mente y sin empacho los materialistas, cuando afirman que la materia es eterna, y que los mundos y los séres vivientes se deben al torbellino de los átomos.

No sabemos qué traza se darán los citados filósofos para demostrar materialmente, experimentalmente, la eternidad de esos átomos ni sus torbellinos, millones de veces seculares, ni el infinito número de inteligencias que los movieron (pues de suponer es que cada uno tendría la suya), ni cómo se conservaron sin antipatías, á pesar de sus combinaciones y transformaciones indecibles.

Hora es, pues, ya de concluir este punto, repitiendo con Bacon: «Méenos repugnante es creer en el Koran, en el Talmud y en las historias más absurdas, que pensar que no ha presidido alguna inteligencia á la formacion del universo».

II

Consignado esto, ocurre naturalmente preguntar: ¿Creó el Omnipotente una ó muchas sustancias? ¿Depositó los gérmenes del pensamiento y de la vida para que fueran desenvolviéndose en el trascurso de los siglos, ó creó ya los séres perfectamente distintos, siendo

hoy esencialmente lo que fueron en el principio de su existencia? Que es como si dijéramos: ¿Creó sólo la materia primordial, la materia cósmica, para que, evolucionando y metamorfoseándose, fuera desarrollando las leyes por Él establecidas; ó hizo desde un principio mineral al mineral, astro al astro, vegetal al vegetal, animal al animal y hombre al hombre? Tales son las preguntas que el anhelo ferviente del saber formula, y que no pueden ser contestadas científicamente más que por las huellas que los sucesos geológicos y geodésicos hayan dejado en el mundo. Por eso los sábios estudian con afán en el libro abierto de la naturaleza, y fuerza es declarar que, en lo poco que todavía está demostrado, la verdad física concuerda con la verdad filosófica y la verdad religiosa. Debemos decir, sin embargo, que importaría bien poco á toda razón firme que así no fuera; porque si á pesar del valioso concurso que las ciencias físico-químicas y naturales prestan á la medicina, ésta aún ignora por completo la causa de muchos fenómenos, ¿qué sabrán con certidumbre absoluta la geología, ciencia de ayer, y la paleontología prehistórica, ciencia de hoy?

El apoyo sobre que descansa el cuarteado edificio panteístico-positivista, el punto cardinal de donde arranca la gratuita teoría de que

el hombre viene del mono, es esta doble hipótesis: 1.º Que el universo no es otra cosa que modificaciones ó cambios de un solo sér (sustancia única que ya dijimos).—2.º Que no hay distinciones esenciales en los séres, sino sucesiones jerárquicas y graduadas.—Hipótesis falsas, que, dicho sea de paso, están muy lejos de ser sostenidas por todas las eminencias del saber, como intencionadamente se pregona por muchos á la multitud, segun vamos á ver ahora.

La teoría de la sustancia única, áun considerada ésta desde el punto de vista puramente científico y como obra primera del acto creador, no es en manera alguna demostrable experimentalmente; y si lo fuera, no tendria otro alcance que confirmar lo que ya es axiomático en la ciencia: que los mundos no han sido creados de repente como existen, ni en sus partes, ni en su conjunto. Seria, pues, solamente la demostracion humana posible del *fiat lux* del Génesis.

Pero, dejando á un lado esto de la sustancia única, que no se armoniza muy bien con la multiplicacion de los simples que la química va descubriendo; teniendo en cuenta que, como dice Condillac, y ya reconocimos, sólo se palpan sombras al querer traspasar ciertos límites; convencidos de que la fuerza y la mate-

ria fueron creadas con sus propiedades, y sabiendo por el testimonio de las más altas autoridades científicas que los descubrimientos modernos, en cuanto tienen de perfectamente demostrado, en nada contrarian los fundamentos del dogma católico y de la verdadera filosofía ¹, veamos si hay ó no verdaderas transiciones en los seres organizados, ó si, por el contrario, todas las especies son fijas y nunca dejan de ser lo que son esencialmente, que es lo que más relacion dice con el fin propuesto.

Cuando el estudio de la anatomía comparada y de la historia natural se reducian á distinguir los caracteres macroscópicos de los seres, pudieron confundirse las diversas especies animales; pero hoy, gracias al microscopio, hasta se ha llegado á averiguar que entre los doscientos géneros de infusorios hay diferencias tan esenciales é importantes, que mientras unos tienen ojos los demás son ciegos: para comprobar lo cual, basta repetir el tan conocido experimento de D'Erhember. Lo

1 Moigno, á quien el baron C. Dupin ha llamado el geómetra más distinguido de Europa; Moigno, que segun el ilustre secretario de la Academia de Ciencias de París, Dumas, marcha á la cabeza del movimiento científico hace cincuenta años; el sábio Moigno, que mejor que todos los sábios ha desenvuelto los modernos descubrimientos, y ha merecido como el que más universales distinciones, dice en su autobiografía que «ni una leve nube se ha interpuesto entre el dogma y su espíritu».

mismo puede decirse de los zoófitos, con y sin rudimentos nerviosos; de los cefalópodos, desnudos y completamente acorazados; y lo mismo y con más claridad se nota en las escalas superiores, en las cuales existen diferencias tan ostensibles que no es dado desconocer, aún tratándose de aquéllas que más empeño hay en confundir.

Así, por ejemplo, los queirópteros, mamíferos que vuelan, no han podido ser, ni son, ni serán aves. Vuelan, pero no son ovíparos, ni tienen plumaje, ni respiración difusa. Como la foca siempre será mamífero y no pez, según demuestran su anatomía y fisiología.

No hay, pues, verdaderos tipos de transición. La hembra del kanguroho no ha sido ni será nunca otra cosa que un mamífero de corta preñez y larga lactancia; pero porque sus hijos al nacer tengan escaso desarrollo y hayan de ser conservados en la bolsa ó marsupium, no deja de ser vivípara y de formar sus hijos en el útero por inmanencia, no como las aves.

Más todavía: aún concediendo por un momento la existencia de animales de caracteres dobles, no podría decirse que eran seres de transición, porque no serían verdaderos tipos *medios*, serían *mixtos*, y lo mixto nunca fué sinónimo de medio. Ó qué, ¿no sabemos ya el

significado de las palabras del pátrio idioma? ¹.

La fijeza, por tanto, de todas las especies naturales vivientes, y su perpetuacion por generacion, está demostrada experimentalmente y por medio de la observacion. Por eso hoy, como en tiempo de Cuvier, y con más datos, podemos repetir con el eminente naturalista: «No hay ningun argumento para probar que las diferencias por las cuales se distinguen actualmente entre sí los séres organizados, pudieron ser causadas por circunstancias accidentales» ².

Es, pues, inútil que los más fogosos discípulos de Darwin quieran, con Haeckel, buscar en una filogénesis puramente ideal algo sólido que oponer á los hechos, áun tomándose libremente los millares de millones de años que gusten, como necesarios para las supuestas modificaciones que se han realizado en la ontogénesis de los animales.

Así que es verdaderamente pasmoso el aplomo científico con que el profesor de Jena dice muy formal que «han sido necesarios millones de años para que del antiguo ascendiente monocelular haya ido resultando, por grados, el

¹ Para escribir estos párrafos hemos tenido á la vista los discursos pronunciados en el Ateneo de Barcelona *Sobre la naturaleza y origen del hombre*, por el ilustre Dr. Letamendi.

² Cuvier, 1817.—Reino animal.—Introduccion.

más perfecto de los vertebrados: el hombre».

Convengamos en que son, en verdad, maravillosos y contundentes el *positivismo* y la *demonstracion* de semejantes enseñanzas, y en que no hay nada *sério* que oponer á tales afirmaciones.

Suponiendo millones de años ó de siglos, é *ideando* un sér capaz de infinito número de transformaciones y cambios, se construye una ciencia tan indudable, y, sobre todo, tan *material* y *positiva*, que hasta los más miopes podrán ver *experimentalmente* su excelencia y firmeza.

Poco importa, pues, que los sábios dichos se esfuercen en presentar sus teorías con el lenguaje más seductor, suponiendo la vida brotando del seno fecundo de la madre naturaleza; las faunas y las floras actuales descendiendo de otras primitivas, y el hombre mismo como resultado del trabajo perfeccionador de los animales vivientes que le precedieron. Inútil será también que, como Haeckel, quieran fingir una historia de la Creacion, en la cual traten de combatir la doctrina de las causas finales hasta con el tono del desprecio, desconociendo por completo la razon de dependencia en todos los séres de la Creacion, la causa de su sucesiva aparicion en el globo, y el por qué todos los tipos orgánicos se van acercando desde los albores de la vida al tipo

final del hombre, como la tierra de época en época se aproxima á sus condiciones de existencia.

Al exponer las razones que, apoyados en la morfología y en la anatomía comparada, presentan para hallar el sitio que corresponde á cada animal en la naturaleza, nada consiguen en relacion á su objeto, pues el que todos tengan partes análogas ó comunes, segun plugo á su Autor que tuvieran, en modo alguno quiere decir que todos procedan esencialmente de uno mismo, ni que dejen de existir especies verdaderas y formalmente distintas, como hemos visto.

Luego la teoría de la cosmogonía espontánea de un sér único de Lamark, como la de la mutacion de las especies de Darwin, como la evolutiva y antropogénica de Haeckel, carecen de base científica, porque mientras que nada prueban de lo que suponen que en otros tiempos ignorados *debió* suceder, están destruidas por lo que hoy vemos que es ó que no es ¹.

.....

1 Para que en todo salgan mal librados los heteromorfistas, ni la novedad de sus teorías es cierta; porque desde Thales de Mileto, que enseñó que todo proviene del agua, y Heráclito, que todo viene del fuego; desde Anaximandro, que supuso que antes que todo habia existido una materia primordial, de la que se formaron todas las cosas, incluso el hombre, hasta Lucrecio, que para negar á Dios, y la Creacion

Ahora bien; si, como queda apuntado, en la mal llamada escala zoológica no hay verdaderas mutaciones ni transiciones, ¿las habrá entre los cuadrumanos y el hombre? Ó lo que es lo mismo, ¿procederemos del orangutan ó de alguno de los ideados antropóides extinguidos?

III

¡El hombre! ¿No habeis pensado muchas veces lo que es el hombre? Si lo habeis meditado; si allá en el fondo de vuestra conciencia, en el recogimiento silencioso de vuestro espíritu, habeis contemplado lo que es este sér especial, tan delicado, tan débil por su naturaleza físico-orgánica, como poderoso y superior por sus facultades intelectuales y afectivas; si habeis recreado el pensamiento en este sér único, admirable microcosmos, cuyo corazón es más insondable y tempestuoso que el Océano, cuya mente es más inmensa que el espacio; cuando recordeis que el hombre, sin alas y el alma, se apoyó en esta hipótesis, siempre y en todo tiempo hubo materialistas, como siempre y en todo tiempo hubo errores que combatieron contra la verdad.

Sin embargo, los sectarios novísimos de estas escuelas, en el presente siglo y en éstos años últimos, se ufanan con que la *nueva* ciencia domina el presente y conquistará el porvenir.

para volar, sin corpulencia para sostenerse, sin fuerza para luchar con las bestias feroces, sin órganos para flotar sobre las aguas, mora en todos los climas, y cruza todos los mares, y vence á todas las fieras, y se remonta más que el águila sobre las nubes; cuando considereis que encadena al rayo, y hace su mensajera á la centella, y en alas del vapor vence en su carrera á los vientos, y no contento con domeñar la tierra, sorprende con el telescopio las armonías de los mundos siderales, estudia los invisibles, auxiliado del microscopio, y con el reactivo y la química en sus manos, parece como que forma y aniquila los séres y las cosas; si meditais en las creaciones más grandes de su espíritu, para el que todo lo del universo es nada; en los afectos y deseos de su corazon, que áun gustando de todos los placeres y de todas las abundancias de la tierra, se siente insaciable y palpita, infeliz, en el vacío; en el poder admirable de su mente, capaz de dar vida á todas las ideas del pasado y de gozar con esperanzas de los tiempos que aún están por venir; si contemplais las creaciones del Arte y las magnificencias del orden moral, y veis de qué envilecimientos y de qué glorias es capaz el hombre, mirareis con desdenosa compasion las doctrinas que desconocen la grandeza de su origen, y exclamareis

con invencible convencimiento que el hombre es esencialmente distinto de todos los demás animales, superior á todos ellos, y superior al universo mismo, porque, como decia Pascal, si el universo le aplastara no sabria que le aplastaba, y el hombre sabria que moria aplastado por él.

Pero..... analicemos las teorías que combaten su excelsa progénie á la luz de la ciencia, y considerando sólo al hombre físico, cual corresponde al fin propuesto.

La teoría darwiniana, de la que proceden y á la que van á parar, en último término, todas las que sostiene y difunde el positivismo transformista, que tiene en Haeckel el más audaz y fanático de los sectarios, no es, si bien se mira, otra cosa que una como síntesis de los desvaríos filosóficos de otras edades, como ya indicamos. Es decir, el darwinismo no es más que la fórmula científica del materialismo contemporáneo, continuacion del materialismo de otros tiempos.

Darwin mismo lo confiesa cuando dice: «La conclusion de que el hombre es, con otras especies, el descendiente de alguna antigua y extinguida forma inferior, no tiene nada de

nuevo. Largo tiempo hacia ya que Lamark había llegado á esta conclusion, que muchos naturalistas eminentes han sostenido ahora, por ejemplo: Wallace, Huxley, Lyel, Vogt, Lubbotk, Buchner, Rollo, y, sobre todo, Haeckel»¹.

La doctrina de Darwin se reduce, en efecto, á proclamar que todos los séres vivientes descienden de algunos tipos ó de un solo tipo.

1 Al hablar de la materia observamos ya que los modernos novadores son meros copistas de los filósofos de la antigüedad, y ahora insistimos en que, como indica Darwin, él y sus secuaces no son, en definitiva, más que los pulimentadores anátomo-morfológicos de los Maillet, Rovinet y demás escritores que desde el siglo XV vienen preparando el camino á los múltiples errores que hoy modestamente se apellidan *la ciencia*; no la ciencia anatómica, ó química ó naturalista, sino la ciencia; es decir, la verdad, y toda la verdad en todos los órdenes del conocer.

Efectivamente: ya en 1659-738, el primero de los autores citados dijo que todos los gérmenes de los séres fueron depositados en el agua, en cuyo seno se desarrollaron. Para Rovinet—1735-830—la materia es «una masa de gérmenes que se desarrollan en circunstancias especiales; y la tierra misma, el sol y los astros, son animales gigantescos, cuyas formas y costumbres aún no se han llegado á conocer.....» Estas formas, partiendo de una primitiva, prototipo, se mudan, se complican y perfeccionan, siendo hasta ahora la más cabal la forma humana, resultado de numerosos ensayos hechos por la naturaleza (a).

Lamark—1744-829—cree que una fuerza poderosa, po-

(a) «Chaque variation du prototype est une sort d'étude de la forme humaine que la natura meditait.»

(Notá de D. Francisco de Asís Aguilar en sus *Observaciones sobre la mutabilidad de las especies*, que tengo á la vista para consignar estos datos.)

En los albores de la vida en el globo, *supone* para tronco del reino orgánico un tipo indeterminado, ni planta ni animal; célula viviente, átomo imperceptible, que, reunido *casualmente* con otros de su especie, llegó á presentar una modificacion que pudo serle útil y que trasmitió á sus descendientes. Éstos, necesitando luchar para vivir, acabaron con sus compañeros, ménos afortunados; á los vencedores los denomina *electos*, y *exterminados* á los vencidos. De este modo, sobreviviendo los más aptos, fueron apareciendo sobre la tierra seres cada vez más idóneos á sus condiciones de vida; sucediendo tambien así que de la informe sustancia caótica brotaran, por fin, la flora y la fauna, cuyo último término, por ahora, es el hombre.

Para dar á conocer esta teoría, publicó Darwin en 1859 su obra *Del origen de las espe-*

niendo en movimiento la materia, la organizó y organiza todavía (generacion espontánea) bajo diversas formas, que obedecen á la fuerza vital que tiende á aumentar las dimensiones del cuerpo en que reside, y á trasmitir por la generacion los aumentos adquiridos. Dichos aumentos son determinados por la necesidad y conservados por el hábito.

Los eruditos demuestran, además, que los principios de la filosofía monística son tan antiguos, que se encuentran en los poemas y libros del panteísmo oriental, y que algunos maestros de las escuelas helénicas los propagaron con tanto entusiasmo como Haeckel entre nosotros; lo que prueba que los sábios del transformismo que anuncian con tanto énfasis el *nuevo* descubrimiento no deben ser muy fuertes en ciertos estudios.

cies, que, por cierto, fué mal recibida generalmente ¹.

Es muy de advertir que con aquella primera obra no extendió Darwin sus teorías hasta el hombre. Cuando pasados tres años, en 1872, dió á luz la *Descendencia del hombre*, habíánle cogido ya la delantera fogosos é impacientes discípulos, llegando á las conclusiones que el maestro vacilaba tanto en exponer. Estas conclusiones, enunciadas ya en 1863 por Huxley y Vogt, encontraron en Ernesto Haeckel el paladin más denodado y el más incansable propagandista..... Este autor publicó, mucho antes de que apareciese el libro de la *Descendencia del hombre*, la *Morfología general*, la *Historia natural de la Creacion*, y últimamente la *Antropogenia* ².

Ahora bien; áun cuando no son pocos los principios auxiliares que en más ó en ménos concurren á la formacion y desarrollo de los séres del reino orgánico, segun la escuela

1 «Apenas hay sábio ni investigador que totalmente se adhiera á la doctrina en ella contenida. Repróchanla los más, cuál un defecto, cuál un exceso. Vitupéranla: Florens, por el lenguaje vacío y enfático; De Quatrefajes, por la incoherencia; Lyel la considera impotente para resolver el misterio de la Creacion, y Liebig acusa, además, á su autor de escasez de conocimientos y falta de profundidad científica. No fueron mucho más benignos Hoeker, D'Archiac, Bram, Kolliker y hasta Huxley.»—(E. Pardo Bazan, *Consideraciones científicas contra el darwinismo*.)

2 Ibid, ibid.

darwinista, las principales leyes por cuya virtud supone que se realizan los cambios y selecciones transformistas, son:

- La seleccion natural,
- La lucha por la existencia,
- La variabilidad y
- La trasmision hereditaria.

Leyes, medios é impulsos que no resisten al exámen de una sana crítica, ni tampoco á la luz de las ciencias naturales y antropológicas.

La ley de la *seleccion natural*, fundamento de todas las demás causalidades que Darwin imagina, es aquélla en virtud de la cual se conservan las disposiciones favorables de los séres, y se separan ó seleccionan y desaparecen las nocivas; ley que, de existir, exigiria un legislador, un elector.

Por eso, como se hiciera notar al célebre naturalista que esto era acudir á lo divino, contestó que tal palabra era una metáfora. Respuesta indigna de un sábio, como exclama un autor citado, pues no es con metáforas como se gobierna el mundo y como se construye la ciencia.

Á pesar de que la ley de la seleccion natural constituye la teoría madre y original del dar-

winismo, porque todos los demás principios que admite no son más que como derivados de éste, todavía no están conformes en su alcance y significado sus sostenedores; pues mientras unos aseguran que las especies se transforman unas en otras por medio de la supervivencia, otros defienden con *igual razon* que la ley se cumple sólo en individuos de la misma especie.

La ley de la seleccion no existe en el sentido que la dá el transformismo; porque así como la ley de la gravitacion universal, y las demás que la física ha descubierto, no son metáforas, sino hechos perfectamente demostrados, así, de ser una realidad aquélla, figuraria entre los axiomas científicos, como perteneciente á la categoría de las verdades demostradas en las ciencias positivas.

La síntesis del razonamiento de Darwin es: que de la misma manera que el hombre, con su poder de combinar y separar en los seres vivos las variedades más útiles, llega á formar otras nuevas, así tambien la naturaleza forma nuevas especies con su poder, superior siempre al del hombre.

Esta concepcion *à priori* de un supuesto indemostrable, está tan lejos de responder á las conquistas de la ciencia, que casi no mereceria otra refutacion que negar dicho supuesto

de la seleccion natural, que describe así: «Puede decirse *metafóricamente* que la *seleccion natural* investiga diariamente, y á través del mundo entero, las menores variaciones, para remover lo que es malo y conservar y acrecentar lo bueno. Así, trabaja *insensible y calladamente* en todo, y siempre que la ocasion le es oportuna, para perfeccionar los séres vivos en sus condiciones de existencia orgánicas é inorgánicas» ¹.

¿Con que esa causa eficiente, *que nadie ha visto*, tan activa, tan poderosa y tan pródiga, trabaja con tanto sigilo que ni se la siente ni se la oye? ¿Y es Darwin, y es el positivismo transformista el que dice que nada quiere enseñar ni creer más que lo materialmente demostrado?

No nos haremos pesados con la reproduccion de las fatigas que emplea Darwin para dar realidad á sus quiméricas teorías sobre la seleccion. Todo su afan es inútil, y basta leer con detenimiento el capítulo citado de su obra para convencerse de que en él no hay más que especulaciones sostenidas en hipótesis: hechos, ninguno; demostracion, ninguna.

Todo era necesario, sin embargo, para venir á decir que el hombre es el representante

¹ *Del origen de las especies por seleccion natural, etc., cap. IV.*

perfeccionado de un amibo, el descendiente natural de un mono, ó sea una de las formas excepcionales de los primates. Extraña conclusion, que trae su origen de una observacion aplicada sin tino ni concierto, como hace notar el Sr. Moreno Caballero: «Vieron los naturalistas que la materia muda de formas, y dijeron: ¡Eureka! ¡Eureka! Todos los séres vivos son descendientes metamorfoseados de cuatro ó cinco progenitores»¹; ó de uno solo, como dice Haeckel en su teoría del plastideo, teniendo en cuenta, sin duda, que, dada la teoría, basta un monera para padre de todo viviente.

Cuán insostenible es semejante especulacion demuéstrese materialmente, porque, como dijo Agassiz, y han repetido otros autores, «cada sér nuevo recorre invariablemente, dentro de los límites de su tipo propio, en muy poco tiempo, desde el huevo al estado adulto, todas las fases de desenvolvimiento que pueden presentar en sus tipos más distantes las diferentes clases del reino animal. Todos los dias centenares de miles de individuos repiten cada uno su ciclo de cambios extremadamente variados, sin que jamás se les vea desviarse del término á que necesariamente tienen que conducir estas transformaciones.

1 E. Moreno Caballero (Valencia, 1878), *Genealogía del hombre*.

»¿Cómo admitir, pues, que se han producido las diferencias por los mismos procedimientos que en nuestros días conservan la identidad?

»Cronológicamente concurren en ciertos tipos antiguos caracteres complejos, que sucesivamente se presentan aislados en tipos posteriores empobrecidos..... Otros, por el contrario, parece que progresan..... Otros, que permanecen en el mismo punto para reproducirse indefinidamente sin modificaciones..... Muchos recuerdan en su sucesión las fases de la metamorfosis embrionaria individual, mientras que otros parece que reúnen todas las combinaciones posibles de muchos tipos diversos.

»En la infinita variedad de estas disposiciones veo la acción inmediata de una inteligencia que se manifiesta por los más variados actos, más bien que el efecto de generaciones sucesivas, tendiendo, no se sabe por qué, á otra cosa cualquiera diferente de sus condiciones primitivas» ¹.

• Esto prescindiendo de que, como acostumbra, Darwin exagera las semejanzas entre el embrión humano y el de los animales inferiores.

No hace mucho tiempo, dice Müller, se sos-

¹ *L'espèce*, págs. 389-390.

tenia con gran seriedad que el feto humano, antes de llegar á su estado perfecto, recorre, de uno en otro, los diferentes estados de desenvolvimiento en que permanecen durante la vida los animales inferiores; error que aún continúa publicándose por los que no parece sino que se empeñan en cerrar los ojos á la evidencia. En efecto; no hace mucho que en un ilustrado periódico científico ¹ vimos un artículo remitido, en el cual, su autor, despues de sostener el absurdo de la eternidad y actividad de la materia, y la desacreditada teoría de las generaciones espontáneas, escribe que el gérmen de la especie humana, despues de fecundado, pasa á la organizacion sucesiva de molusco, lombriz, pez, reptil, ave, cuadrúpedo, cuadrumano, y, por último, la humana. Teoría que, desenvuelta por Haeckel en su obra de *Antropogénia é historia de la evolucion humana*, carece de todo fundamento sólido.

«El embrion humano, como dice un autor, no se semeja nunca á un radiado, insecto, molusco ó gusano. La conformacion de estos animales es completamente distinta de la de los vertebrados. Podrá el hombre semejarse á éstos últimos, porque al fin es vertebrado y su organizacion ha sido dispuesta segun el ti-

1 *Anfiteatro Anatómico Español*, núm. 85.

po comun á esta gran division del reino animal; pero de modo alguno se parece ahora á un pez, luego á un reptil, despues á un ave, y así sucesivamente. Lo que hay es que, al empezar á formarse todos los embriones de los vertebrados, ofrecen en su mayor pureza los rasgos más generales y simples del tipo, y de aquí una semejanza tal, que no es fácil distinguir unos de otros.

»El pez, el reptil, el ave, el mamífero, el hombre, son al principio la expresion más simple del tipo comun á todos; pero se van diferenciando poco á poco á medida que se desenvuelven, y sus extremidades, v. gr., semejantes durante algun tiempo, toman insensiblemente la forma de aletas, alas, manos, piés, etc. Hé aquí por qué todos los embriones, al principio, tienen en el cuello arcos separados por algunas hendiduras, impropriamente llamados arcos bronquiales, porque no hay allí más que la expresion de un plan general. En todos los vertebrados, estos arcos son precursores de los aórticos, que se reunen detrás para formar la aorta..... Bien pronto los llamados arcos bronquiales se convierten en otros órganos destinados á permanecer toda la vida» ¹.

¹ *Manuale de Fisiologie*, traducido del tedesco, tomo II, pág. 723.

«En resúmen, añade el escritor cuya es la traducción precedente ¹; como dice Milne Edwards, desde su origen cada animal lleva en sí mismo el principio de su individualidad; y el desenvolvimiento de su organismo, conforme al bosquejo general del plan de estructura de la especie, siempre es para él una condicion de su existencia.»

Estas verdades, que inútilmente se esfuerzan en destruir con hechos los positivistas, reciben su mejor sancion de la imposibilidad en que para sostener su tésis se encuentran los mismos que las combaten.

Así, el más fanático de entre todos, Haeckel, despues de haber establecido que la série de las diferentes formas animales constituyen un conjunto armónico, una cadena no interrumpida de formas, que pueden designarse, con el alfabeto, A, B, C, D, etc., hasta la T, vése obligado á confesar que, *en algunos casos*, fuerza es contentarse con proceder como B, D, H, L, porque, *en realidad*, algunos eslabones de la cadena *faltan de ordinario* en la série evolutiva. Y añade: «En la filogénia del hombre, lo mismo que en la de las demás especies, nos vemos obligados á pararnos delante de numerosas lagunas», declarando, por fin, que

¹ Polo y Peyrolon, *Supuesto parentesco entre el hombre y el mono.*

«esta nueva ciencia, aún ayudada por la anatomía comparada, tiene que contentarse con meras conjeturas» ¹. Esto no obstante, aún tiene el valor de afirmar que no por esto deja de existir la série.

Por innecesario, nos creemos dispensados de exponer aquí las verdaderamente divertidas teorías que la rica imaginación del profesor de Jena inventa para demostrar *hipotéticamente, idealmente*, cual corresponde á una ciencia *experimental y positiva*, el desenvolvimiento sucesivo de los séres.

Aquello de que «han sido necesarios millones de años para que del antiguo ascendiente monocelular (no dice cuál) haya ido resultando por grados el más perfecto de los vertebrados, el hombre», mejor que ser tratado en lenguaje vulgar, merece una pluma como la del autor de las *Mil y una noches*, que narre detallada, minuciosa, y, sobre todo, *experimentalmente*, las hazañas, proezas, amores, combates y triunfos de aquel omnisciente monocelular, más portentoso que la lámpara de Aladino, ya que hemos convenido en no creer ni admitir otra cosa que la que los sentidos y la experiencia enseñan.....

Empero, reanudemos el discurso de Dar-

¹ D. M. Venturoli, *Haeckel, la teoría evolutiva y su teoría antropogénica*.

win, adelantando un paso más en el exámen de su peregrina argumentacion.

Si es cierto, como la experiencia de todos los dias enseña, que el hombre, con su facultad de combinar y por medio de artificios que le sugiere su talento, puede producir en los séres vivos *variedades* nuevas, que creciendo por agregacion pueden engendrar otras que lleguen á constituir una *raza*, no es ménos evidente que estos cambios se contienen en ciertos límites, nunca traspasados, que en nada cambian la *esencia* de su origen; ó lo que es lo mismo, que la mutabilidad de una especie es siempre limitada por su propia naturaleza.

Luego las modificaciones accidentales que se producen en las plantas y en los animales no pueden explicar, en ningun caso, los supuestos cambios fundamentales; cambios que jamás demostrará el darwinismo, por muy ingeniosamente que los presente, y por muchos que sean los millones de años que para explicarlos se tome.

La última razon que alega Darwin en favor de la seleccion natural es, que el poder de la naturaleza es siempre superior al del hombre. Poco hay que discurrir, en verdad, para comprender la falta de fundamento de semejante prueba.

Siendo cosa demostrada que el concepto de

la *especie* es siempre *objetivo* y *real*, y enseñando la ciencia y la observacion que toda especie es inmutable en su *esencia* por *naturaleza*, síguese de aquí que en ésta no existe fuerza alguna capaz de hacer que la especie deje de ser lo que es; por eso toda transformacion tiene sus límites, y no puede ménos de tenerlos, á no ser que quisiera admitirse el absurdo evidente de que el mismo poder que fija los límites naturales los traspasaba naturalmente.

No és tampoco exacto que el poder de la naturaleza sea siempre superior al del hombre en la forma que dice Darwin; porque si bien el hombre nunca podrá hacer obras tan perfectas como las de la naturaleza, puede, en cambio, llegar á donde ella no alcance, ni alcanzar podrá jamás. Como que puede alterar las fuerzas naturales y conseguir efectos completamente vedados á la naturaleza, porque ésta en sus operaciones no puede, ni podrá obtener, más que resultantes fijos é inmutables, como inmutables y fijas son las fuerzas de que se halla dotada.

Por eso dice De Quatrefajes y repiten otros sábios: «Si el hombre nunca hará que surja del suelo una nueva cadena de los Alpes, tampoco las fuerzas naturales hubieran levantado nunca el dique de Cherburgo.....» La natu-

raleza ha formado colinas, pero no ha construido pirámides.

Conceded á la naturaleza los siglos que queráis; poned en accion todas sus fuerzas; aunque la atmósfera contenga oxígeno, ácido carbónico y agua, podrá reunir capas inmensas de sal, pero no logrará aislar el sódio que todos nuestros laboratorios poseen, y que Enrique Delille ha hecho rama de la industria, ni podrá fabricar la sosa cáustica.

Y si, dígase lo que se quiera, los hechos patentizan que el hombre vence con su poder el poder de la naturaleza en muchas ocasiones, áun tratándose de dirigir fuerzas naturales en obras puramente materiales é inorgánicas, con más razon se dirá que la supera cuando trata de dirigir y combinar á su antojo las tendencias orgánicas.

Luego si los cambios obtenidos por el hombre en los séres vivos nunca pudieron variar la esencia de éstos, ménos la variará la naturaleza, cuyo poder es en esto inferior al del hombre, segun demuestran los hechos experimentales, que de dia en dia desmienten más y más las teorías darwinianas, condenadas á un no lejano, completo y universal descrédito por las conquistas de la ciencia, en su avance progresivo y fecundo.

.....

De la muy discutida ley de Malthus, á principios de siglo, sobre el principio de poblacion, arranca, segun el mismo Darwin, su teoría de la *lucha por la existencia*, que funda sobre el principio de la seleccion natural.

«Aplicada la ley de Malthus, dice el naturalista inglés ¹, con toda su fuerza al conjunto de la naturaleza, es decir, tanto al reino vegetal como al animal, forzosamente se ha de temer que en el mundo conocido faltaria capacidad para soportar el principio geométrico: luego, sin remision, en todos los casos tiene que haber una lucha por la existencia (ya del individuo con otro de la misma especie, ya con los de especies distintas, ya con las condiciones físicas de la vida), en virtud, y por medio de la cual, los séres se mantengan en sus límites adecuados á los medios de subsistir. Y como no hay contienda donde la victoria deje de quedar por el competidor más hábil, se infiere que en esta competencia vital la derrota será siempre de los séres menos aptos.»

En la série de artículos que, bajo el epígrafe *La Higiene y la Moral*, publicamos en la prensa médica primero, y coleccionamos despues, hicimos ya notar que la ley de Malthus,

¹ *Del origen de las especies*, traduccion de D. Enrique Godinez.

que está muy lejos de ser incontrovertible, no basta á explicar el estado de poblacion; sabiéndose de un modo indudable que las naciones pobres permanecen estacionarias ó disminuyen en habitantes, mientras que las ricas aumentan considerablemente.

En datos estadísticos, y hasta por medio de ecuaciones matemáticas, hemos visto más tarde demostrado el error de semejante ley, sobre la cual continúan, no obstante, apoyando su tésis los darwinistas.

«El número de hombres crece, por término medio, dice Malthus, siguiendo una progresion geométrica, mientras la masa de las sustancias alimenticias aumenta sólo siguiendo una progresion aritmética.»

No nos dice, sin embargo, cómo es que, siendo el hombre el animal superior, y teniendo, por tanto, siempre la ventaja en esta supuesta lucha, los alimentos se han aumentado considerablemente en estos últimos siglos, mientras el género humano ha extendido poco sus límites.

«Mírese como se quiera, la ecuacion de subsistencias no reconoce más ley reguladora que la division del trabajo, y acéptese ó no esta teoría, injustamente atribuida á Milne Edwards, recúrrase ó no á H. Grevett, impugnador del *Ensayo sobre el principio de pobla-*

cion, siempre se saca en limpio un mismo hecho, á saber: que la distribucion del trabajo lleva siempre consigo un exceso de produccion. Esto se palpa, se toca diariamente, y por eso los mantenimientos hoy son más y mejores que lo fueron ayer, y ayer lo han sido más que antes»¹.

Sea de esto lo que quiera, lo indudable es que el aumento de poblacion y de productos son debidos á numerosas causas, entre las que figura en primer término el estado de cultura y moralidad de los individuos, por lo cual la fórmula de la ley de Malthus no puede aceptarse en ningun caso absolutamente.

Y decimos más: decimos que, áun concediéndola toda la fuerza que la dá el transformismo, seria falso el concepto que sobre ella forma.

Cierto que en todas las especies animales, y áun en todas las organizadas, nacen más individuos de los que podria sustentar la tierra por mucho tiempo, si todos ellos alcanzasen la vida más larga que les es dado conseguir; pero todos sabemos que son numerosas las causas que los diezman, sin que para explicar su desaparicion sea necesario acudir á esa supuesta lucha, que, segun Darwin, entristece por lo universal, y es necesaria para la

1 E. Moreno Caballero, *op. cit.*

modificación de las especies. Lucha hipotética, fundada sobre un concepto *à priori*, que nada tiene que ver con las conquistas de la ciencia moderna, y para rechazar la cual basta tener ojos en la cara y un cerebro medianamente organizado; pues ni los animales débiles y viciosamente organizados necesitan para desaparecer otro combate que la poca resistencia de su organismo para sufrir las influencias del medio en que viven y de los impulsos naturales, ni en todas las batallas es siempre la victoria del más hábil.

Precisamente en estos dias los periódicos dan la noticia de una gran derrota sufrida por los hábiles ingleses en su lucha con las bárbaras tribus del África Central. Luego los seres ménos aptos no salen *siempre* derrotados; luego en las luchas reales el triunfo es debido á multitud de circunstancias extrañas á las aptitudes, sin que con esto queramos desconocer que éstas influyen grandemente.

Más aún: se ve lo falso de este extremo, si se considera la lucha entre seres de especies diferentes. ¿Por qué, v. gr., las aves de rapiña no han concluido ya con todos los pájaros y con todos los reptiles que persiguen? ¿Por qué muchas veces los individuos más insignificantes destruyen las especies superiores, ó, por lo ménos, las merman en gran parte, como suce-

de á los cuadrúpedos del Paraguay con el obstáculo que á su multiplicacion oponen ciertos insectos, depositando sus huevos en el ombligo de los recién nacidos, que perecen cuando aquél desarrolla sus larvas?

Este hecho, que los mismos naturalistas darwinianos consignan, no les impide preguntar, sin embargo, con el aire de triunfo que les dá su superioridad científica: ¿Á qué se debe la rápida extincion de los indígenas de diferentes puntos de América, de Australia y otras distintas regiones, sino á la vivificacion de este principio de la concurrencia vital en el hombre mismo?

Aquí los transformistas dan á entender que conocen nada ménos que la fábula del lobo y el cordero. Es, pues, extraño que á la sutilidad de su ingénio se haya escapado aquel adagio vulgar de «más vale maña que fuerza», y no hayan preguntado á continuacion: ¿Á qué se debió que hasta débiles mujeres españolas luchasen y venciesen á los vencedores de Austerlitz y Marengo en su invasion en la Península?

Empero, áun concediendo por un momento la realidad de la supuesta ley; áun admitiendo la lucha «en ciertos períodos de la vida, en ciertas estaciones del año, en el trascurso de cada generacion y en intervalos de tiempo

que se repiten»; por más que en combates leales ó traicioneros de especies iguales ó distintas sucumban éstos ó los otros contendientes, los hombres despreocupados, los simples mortales, no sacarán nunca la *consecuencia* de que semejantes catástrofes puedan dar lugar en caso alguno, ni bajo ningun pretexto, á un sér nuevo, ni á un sér perfeccionado. No, no se explicarán nunca cómo el toro ó el caballo del Paraguay, por ejemplo, llegarán, progresando, á transformarse en moscas semejantes á las que los derrotan y aniquilan; ni cómo nuestras aves de corral y nuestros rebaños irán á convertirse en alguna de las especies de los mosquitos que tan frecuentemente, por desgracia, diezman nuestras ganaderías.

Inútil es, por tanto, que Darwin, para sostener su tésis, alegue la rapidez con que todos los séres tienden á multiplicarse; multiplicacion de la cual supone que proviene la necesidad de la lucha, sin la cual seria imposible la existencia, porque una sola especie bastaria á llenar con exceso el globo. «De donde se sigue, dice, que naciendo un número mayor de individuos que el que puede contener la tierra, debe seguramente entablarse una séria *lucha por la existencia* entre los séres de una misma especie, entre los de especies diferentes y contra las mismas condiciones físicas de la vida.»

Como se ve, en este razonamiento el filósofo naturalista equivoca el concepto y hace un discurso falso, tomando el efecto por la causa, al suponer que, porque la multiplicación de los seres es muy rápida, la naturaleza multiplicó en su derredor las causas de destrucción; siendo así que, al contrario, por lo mismo que esas causas son tan múltiples y poderosas, hizo que la generación fuese tan fecunda.

Por eso se observa que tanto mayor es la facultad de reproducirse los seres vivientes, cuanto más expuestos se hallan á perecer por las condiciones de su vida. Ley que lo mismo se cumple en el reino vegetal que en el animal. Para que un grano de trigo prenda, nota un escritor ilustre, necesita el labrador arrojarnos á manos llenas, porque unos son pasto de las aves, otros se los lleva el viento, y otros caen en terreno ingrato; pero, en cambio, ¡cuántos granos no produce el que arraiga! Los peces feroces, como los grandes animales de la tierra, dan á luz, cada vez, uno ó pocos hijos, mientras que otros, débiles por naturaleza y expuestos á perecer, llegan á depositar tan enorme número de huevos, que pasma y maravilla. ¡Admirable compensadora ley de la naturaleza, que así sabe oponerse á la extinción de las especies inferiores, reparando sus cotidianas pérdidas!

No existe, pues, la supuesta lucha defendida por el darwinismo, ni hay por qué inventar su necesidad. La lucha, si es que quiere llamarse así, de ó entre los seres vivientes de todas clases; la lucha del vegetal con la tierra, á expensas de cuyos jugos y sustancias se desarrolla y vive; la lucha del reptil con el insecto, del ave con el insecto y el reptil, del carnívoro con el ave; en una palabra, la lucha ó la caza, cuyos caminos siguen los seres todos al cumplir las leyes á que está sujeta su conservacion, no es otra cosa que demostracion palmaria y evidente, objeto plausible del admirable plan que revela la Creacion, y cuyo fin no es otro, como confiesan los mismos transformistas, que el impedir que una especie dada llenase la tierra y los mares.

Tampoco es cierto que «los individuos dotados de alguna ventaja general, aunque ligera, tendrán probabilidad de sobrevivir y de propagar su raza»; ni que «cualquier desviacion, por pequeña que sea, y aunque sea poco nociva á los individuos en los cuales se verifica, será causa inevitable de su destruccion»¹; pues es evidente que todas las variedades puramente morfológicas no pueden servir para fundar la ley de mayor ó menor probabilidad de triunfo en *la lucha por la vida*.

1 Darwin, *op. cit.*

Como que todos los tipos morfológicos son perfectos en su género, y todos igualmente indiferentes ó igualmente útiles á las várias condiciones de su vida.

Todo lo dicho por lo que respecta á la vivificadora lucha supuesta. En cuanto á los cambios que dicen determina, los transformistas hacen notar muy formalmente, que si hoy no los vemos es porque el tiempo á que alcanza la observacion humana es muy pequeño para que pueda tener valor científico la observacion y la experiencia..... Luego..... como el tiempo no basta, y la experiencia y la observacion carecen, por necesidad, de valor científico, ¿qué han de hacer los transformistas sino fundar su teoría sobre las variaciones accidentales que les permita ver una observacion *sin valor científico*, por lo insuficiente del tiempo?

Despues de esto, comprendemos perfectamente que haya sábios que no quieran tratar en sério semejante cuestion, y nos admira cómo hay uno siquiera que pueda aceptar humildemente la doctrina de Darwin.

La ley de *variabilidad*, defendida generalmente por todos los transformistas, es tan arbitraria como las anteriores, pues activamen-

te considerada, destruye de hecho la *estabilidad* de las especies, que la ciencia proclama cada vez con nuevos datos, según queda consignado.

Como esta supuesta causa eficiente de la variabilidad es tan insostenible, cuéstarte no poco trabajo apoyarla á su mismo autor; de aquí que para conseguirlo no encuentre nada mejor que recordar que, hasta ahora, no se ha dado una definición exacta de la *especie*; como si esto pudiera ser argumento en contra del sér objetivo y real, del concepto específico, y de la fijeza y estabilidad de los séres dentro de sus propios determinados límites.

Semejante pobrísimo recurso, que, en definitiva, no sirve más que para mostrar la imperfección é insuficiencia de los conocimientos humanos en las ciencias naturales, es, en verdad, poco digno de un naturalista que presume de filósofo; pues por más que, como en otros muchos ramos del saber, los doctos no estén conformes en la demarcación de los caracteres específicos de todos los séres vivientes, todos están acordes en afirmar que son debidos á la generación por otros semejantes. Fecunda generación, gracias á la cual se conservan siempre los hijos semejantes á los padres.

Estos hechos, que la ciencia reconoce, y

que hoy han logrado la categoría de axiomas, tienen un valor inapreciable contra todas las fantasías darwinianas, las cuales no lograrán presentar jamás ni un caso siquiera de animal alguno, que, por tendencia á la variabilidad, ofrezca un ejemplo de formacion, no ya de un sér distinto, pero ni tampoco de un nuevo órgano diferente por esencia.

No es, pues, de extrañar que el darwinismo confunda el concepto de *especie* con el de *raza* y *variedad*, y que trate de deducir que, así como las variedades y las razas pueden obtenerse, y se obtienen, de hecho, tambien las especies *pueden ser* resultado de selecciones y trabajos más ó ménos prolijos.

Esta confusion de ideas, nacida de la dificultad de clasificar muchos animales y plantas, no debiera existir ya; sin embargo, la ignorancia científica de que Darwin habla y exagera, es completamente impertinente á la consecucion del fin que se propone; á más de que no es ya tanta que pueda dar motivo á lucubraciones ideológicas sin fundamento. Díganlo si no las muchas dudas disipadas y los muchos errores corregidos en estos últimos tiempos, en que ha sido posible clasificar completa y exactamente grupos, familias y especies antes confundidas. Por eso es ya hoy tan grande el número de *especies* y *variedades* perfectamente

conocidas; lo que permite evidenciar que una cosa es la distincion específica y otra la de la variedad y su especie.

Y si hasta ahora todas las conquistas de la ciencia han dicho esto, ¿no es lógico creer, no debe esperarse que en lo sucesivo digan lo mismo, viniendo el conocimiento de las especies aún desconocidas á confirmar más y más lo que enseñan todas las bien estudiadas? Dudarlo seria como pensar que la verdad puede desmentirse y la naturaleza engañarse. Por eso Darwin, conociendo el atolladero en que se ha metido, pretende salir de él diciendo, á falta de hechos y de razones, que la vida del hombre no basta para poder sorprender á un viviente en su lentísimo movimiento de transformacion; y que la geología aún no tiene las pruebas que el hecho necesita.

Repitémoslo una vez más. Este modo de discurrir inspira..... lástima. Ni el hombre puede sorprender el supuesto hecho, ni hay pruebas que le abonen: *luego* la verdad del supuesto queda *demostrada* á la luz de la *experiencia* y de la *observacion*, únicas antorchas cuyos resplandores pueden alumbrar la mente humana, segun el positivismo científico.

Éstas y otras consecuencias *tan lógicas* que se desprenden de los escritos de Darwin, nos hacen dudar si muchas veces no hablará en

sério, ó si nos encontraremos mañana con que el naturalista inglés no ha hecho otra cosa que copiar, en el estilo propio del siglo, *El ente dilucidado* ¹.

Empero, si el transformismo no tiene hechos que comprueben sus fábulas, por la sencilla razon de que no los hay, la ciencia cuenta con muchísimos que las desvanezcan, demostrando que la *variabilidad* sólo se realiza por determinados caminos, en direcciones limitadas y con resultantes que jamás se separan del tipo.

Por eso ni el hombre en sus ensayos puede traspasar esas limitaciones; porque, como dice con Wigand una revista muy autorizada, acaso la más autorizada de Europa, «la naturaleza no produce modificaciones esenciales»; lo

1 El docto académico D. Juan Valera, en sus *Disertaciones y juicios literarios*, dice: «Que si tuviera tiempo y calma para ello, probaria fácilmente que apenas hay descubrimiento moderno de Darwin, de Moleschott, de Buchner, de los prehistóricos, de los positivistas, de los espiritistas, de los magnetizadores, etc., etc., que no esté previsto y predicho en *El ente dilucidado*».

Esta obra, debida, como es sabido, al Padre Fuente de la Peña, es notable y original por demás. El Sr. Valera observa en el citado estudio, que el gracioso fráile define y demuestra la generacion espontánea que entrevé, como de la monstruosidad nativa ó adquirida de un individuo puede originarse especie nueva; así un hombre con cola puede dar origen á otros con ella; una cebra á que se alargue el pescuezo, puede ser raíz de las giráfas, etc. En una palabra: en *El ente dilucidado* está todo lo que hoy se nos dá por el darwinismo como la nueva ciencia.

que equivale á decir que la variabilidad las dificulta y estorba.

«No hay criador tan experto que pueda obtener pichones con cresta, ni palomas amarillas; no hay botánico que consiga criar amapolas rubias, ni calabazas ni naranjas azules, ni una *lentifolia* amarilla.» Y es de advertir que estas limitaciones de la variacion se encuentran en aquellas especies y familias del reino vegetal y animal que más fácilmente se prestan á los cambios de forma. Así, la zanahoria, la rosa y la menta, aunque muy variables, no se prestan nunca á la adopcion de otras formas que las contenidas dentro de ciertos determinados límites. Lo mismo sucede con las muchas razas que el perro, el caballo y la paloma han producido.

«Es, pues, evidente, continúa la publicacion aludida, que si la influencia de las causas modificadoras, áun ampliada por la industria humana, produce sus efectos dentro de límites muy estrechos, esto se debe á que la *variabilidad* de que Darwin nos habla no es de manera alguna indefinida; como se quiere dar á entender, sino restringida y limitada en el número de las formas que puede originar.»

Esto supuesto, el naturalista inglés no puede atribuir á la *variabilidad* esa causa eficiente

que tanto necesita para explicarnos los fenómenos transformistas.

.....

Junto con el principio de la *variabilidad*, admite Darwin el de la *herencia*, por la cual, según él, se conservan por generaciones sucesivas las alteraciones ocurridas en otra anterior. Esta ley de la *trasmision hereditaria*, por nadie puesta en duda, está muy lejos de tener el alcance que generosamente la conceden los transformistas, quienes, juzgándola por el falso prisma de la *variabilidad*, admiten desviaciones sustanciales y profundas, cuando es probado que las alteraciones que puede sufrir un tipo cualquiera serán siempre accidentales ¹.

1 La exageracion anticientífica de la herencia, á tales extremos de fanatismo seleccionista lleva á los corifeos de la secta que combatimos, que preconizan la bondad de acabar con los *ejemplares humanos*, no sólo contrahechos, inutilizados y deformes, sino que, de seguir sus caritativos humanitarios consejos, fuera preciso decretar la muerte hasta de los feos.

Moisés, tartamudo; Tirteo, deforme; Cervantes, manco; Camoens, tuerto; Ignacio de Loyola, cojo; Cisneros, narigudo; todos estos mamíferos placentarios, que con sus defectos físicos se opusieron al mejoramiento de la especie llamada hombre; todos éstos, y muchos más que, como ellos defectuosos, fueron, como ellos, honra de la humanidad, debieron ser aniquilados, ya que no perecieron á tiempo en la lucha por la vida.

No exageramos: el positivismo materialista condena la creacion de los hospitales de todas clases, y llama egoismo

La trasmision hereditaria, en sus justos límites, todo el mundo la admite; pero, áun cumpliéndose, las teorías dirán lo que quieran, los estudios enseñarán lo que les plazca á los aplicados; pero nada habrá que contradiga el hecho indudable de que los individuos más tienden á retornar al tipo primitivo que á otra cosa, como comprueba la observacion de todos los dias, y como, contradiciéndose, segun costumbre, declara Darwin al reconocer este hecho, «que ocurre, dice, por la tendencia natural que tiene cada sér á revestir la primitiva forma del tipo original, sin alteraciones ni modificaciones de ningun género».

Pero, ¿á qué insistir en este punto? ¿Quieren los darwinistas que les concedamos el que la trasmision hereditaria se cumple en la extension é importancia que tienen á bien suponer? ¿Quieren que les concedamos que por la gene-

y crueldad los sacrificios que se hacen en favor de los indigentes y de los enfermos. ¡Qué más! En su afan de que el hombre, atento sólo á la materia, viva y se crie y se reproduzca como los brutos, atrévese Darwin á lamentarse del descubrimiento de la vacuna, porque con ella se ha evitado la muerte de millares de individuos, que con lo débil de su organizacion se han opuesto al mejoramiento de su raza.

¡Hasta tal punto conducen las aberraciones de una ciencia, que, en su afan de *progresar*, lucha por hacernos volver á aquellos vergonzosos tiempos pagánicos en que se ahogaba ó despeñaba por el Taigeto al recién nacido mal conformado! ¡Y esta ciencia sin compasion y sin amor es la que, despues de diez y nueve siglos de Cristianismo, dice que viene á regenerar el mundo de los cuerpos y el mundo *moral!*...

ración se transmiten, no ya los vicios humorales y las aptitudes de los padres, sino también hasta los defectos é imperfecciones de éstos? Pues entonces que nos digan cómo se concilia la ley de la herencia con la de la variabilidad, y nos muestren cómo pueden coexistir y realizarse juntas, toda vez que nuestra cortedad no alcanza á comprender el fenómeno estupendo de que un sér cualquiera se acerque y se aleje de un punto á un mismo tiempo.

Y de todos modos, la ley de la herencia, que tan admirable se presenta, y que no se comprende ni con el estudio del óvulo fecundado, nunca podrá ser causa eficiente de transformaciones en los séres organizados; será más bien medio apropiado para perpetuar su fijeza.

¿Qué queda, por tanto, de las leyes principales sobre que funda el darwinismo sus famosas teorías? Nada, cuando se interpretan tan violenta y falsamente como él lo hace. Mucho que admirar, y que no se comprende, como no se comprenden las leyes de la vida, y se admiran las armonías de los mundos siderales, si se estudian á la luz de la razón y de la ciencia, exentas de prejuicios y sin más objeto que el esclarecimiento de la verdad.

Por eso, á medida que la novedad va pa-

sando y las preocupaciones se van desvaneciendo, la doctrina darwinista encuentra más impugnadores y se ve más desacreditada.

Además de las leyes principales estudiadas, el darwinismo admite otras causas, modos ó principios auxiliares, que concurren al supuesto desarrollo evolutivo de los séres del reino orgánico.

Increíble parece que de los cambios puramente accidentales y pasajeros que las influencias exteriores determinan en los animales, así como del predominio que el ejercicio hace tomar á algunos órganos, quiera sacarse un argumento en favor de la mutacion esencial ó específica de los séres; esto es, sin embargo, lo que intenta el darwinismo en su afan de hacer creer imposibles y absurdos. La necesidad de estudiar la cuestion bajo otros puntos de vista, y la relativa brevedad á que debe sujetarse este trabajo, impídenos detenernos en el exámen de estas *causas eficientes* indicadas. Pero no pasaremos más adelante sin consignar el juicio de las autoridades científicas, las cuales dicen que las modificaciones que en los animales producen la *accion de las circunstancias exteriores* y la *influencia del uso ó desuso de los órganos*, son siempre extrínsecas

é individuales. Juicio que, apoyado en la observacion de los hechos, emitió resueltamente Cuvier, sin que hasta ahora hayan podido presentarse otros hechos que le contradigan.

Como ejemplo de esto, el sábio naturalista citó lo que sucede con el lobo y la zorra, que, encontrándose en todos los países inmensos de las zonas templadas, no presentan otra variedad que la mayor ó menor hermosura de la piel.

«He comparado, añade, los cráneos de las zorras del Norte y las de Egipto con los cráneos de las zorras de Francia sin hallar entre ellos más diferencias que las individuales..... Una cabellera más ó menos espesa es la única diferencia que hay entre la hiena de Pérsia y la de Marruecos.»

De sus estudios, por fin, deduce el eminente naturalista la siguiente conclusion, que de dia en dia se afirma más y más: «Hay en los animales tales caractéres, que resisten á todas las influencias exteriores (así naturales como artificiales), y nada nos dice que el tiempo sea más eficaz sobre ellas que el clima y la domesticidad». Y antes..... «Cuando los defensores de semejante teoría han querido decir particularidades, se han puesto en ridículo. Alguno se atreve á asegurar que si permaneciera el pez en un nido mucho tiempo,

veríanse deshacer sus escamas, y, convirtiéndose en plumas, transformarse el pez en ave-cilla; otro asegura que si un cuadrúpedo se esfuerza en penetrar y caminar por sitio estrecho, pudiera transformarse en serpiente; demostrando así *la más crasa ignorancia de la ciencia anatómica*» ¹.

Respecto á la influencia que al uso y desuso de los órganos atribuye el darwinismo, no tenemos espacio más que para repetir con *La Civiltá Cattolica* ² el siguiente juicio de Lyell, y las consecuencias que de él se desprenden: «Cuando Lamarck (y lo mismo puede decirse de Darwin) nos habla de esos *esfuerzos del sentimiento interno*, de *influencia de los flúidos sutiles* y de *actos de organizacion*, como de causas por las cuales los animales y las plantas pueden adquirir nuevos órganos, nos dan palabras vacías, y, despreciando las severas reglas de la induccion, recurren á ficciones no ménos ideales que la virtud plástica y otras semejantes quimeras de los geólogos de la Edad Media.

»Luego lo que movió á los maestros del transformismo para hablarnos del principio de causalidad que ahora discutimos, fué la afirmacion arbitraria y no la verdad de los

¹ *Anatomie comparée.*

² Edición española, Julio 1879.

hechos; el afan desenfrenado de inventar sistemas, no el progreso científico.»

Batidos en todas sus trincheras, y desconfiando de haber llevado al ánimo de los demás el convencimiento que á ellos mismos les falta, como se revela en el lenguaje condicional que muchas veces emplean los transformistas, buscan nuevas armas en la embriología, y, exagerando conocidamente las formas que, segun dijimos en otro lugar, presentan los gérmenes en su desenvolvimiento, señalan en lo natural y precisamente ambíguo del embrión (como que está formándose) las muestras de toda una escala zoológica.

Mas hé aquí que, sobre no ser exactas semejantes formas, como queda consignado, formas que se ven en el huevo humano, como se ven catedrales y ejércitos y mónstruos en el recorte de las nubes, y líneas y figuras geométricas en el lienzo preparado de un pintor al natural, la verdad científica les sale al paso, demostrando con los hechos de la celulacion primitiva que *toda célula procede de otra semejante (omnis cellula e cellula)*, como todo sér viviente procede de un huevo (*omne vivum e vivo*).

Podrán ser, y de hecho son semejantes entre sí, y compuestos de elementos químicos é

histológicos idénticos, el huevo y las células de todos los gérmenes animales (pues el cuerpo del hombre, como el cuerpo de todos ellos, tierra es y en tierra se ha de convertir); pero si en todos no hay más que materia, y materia idéntica, ¿por qué no se convierte el del toro en ave, el del ave en pez, el del pez en mono y el del mono en hombre?

«¡Incomprensible misterio, dice un autor, el de la reproducción celular con sujeción á un plano ó determinado modelo para cada una de las especies hasta hacerles bastantes á la completa formación de cada sér con forma propia, y hasta con aires y parecidos aún en los menores detalles! Aquí, ni el capricho reina, ni la casualidad altera el producto; el rigor más severo es observado siempre, y como si un troquel ó molde maravilloso é invisible cogiera la materia para el vaciado; como si hábiles artistas tallaran en su interior las formas á cada parte peculiares, abrieran las canales, tendieran los cables conductores, las redes casi invisibles de los tramos vasculares, todo se empieza á ver hecho y crecido y acabado, sin falta del más pequeño detalle, del perfil más diminuto en la forma, y del tono más exacto y delicado en los colores. Y esta maravillosa obra de construcción, sólo por células constituida, acusa, aún al más despreocupado

(preocupado, diríamos nosotros), una causa directriz, una razón, una habilidad superior á todo lo terreno conocido; causa y razón hacedora, eminentemente sabia y poderosa.

»El trabajo de la celulación ó de la formación de las células no podemos jamás hallarle sino dentro de la célula misma; ninguna formación celular es debida al acaso; la doctrina del espontaneísmo ó de las generaciones espontáneas, está batida en todas sus trincheras, y la casualidad, ni sobre la materia orgánica ni sobre la organizada, ha dado todavía una sola y espontánea aparición; hace falta un *individuo igual, absolutamente igual* en especie para que la célula aparezca; porque la célula no se hace; la célula nace, y nace siempre y en todo caso de otra célula. *Omnis cellula a cellula*. Ni en los hechos físicos ni químicos la materia es caprichosa, la casualidad ocurre, ni en los hechos de organización la paternidad deja de existir.

»Un germen, esporo, yema, semilla ó huevo, es, pues, el origen de cada uno de los individuos» ¹.

«Por fortuna, añade otro escritor, este punto, acerca del cual tantas opiniones se han

¹ *De la celulación primitiva*; Memoria leída en la Sociedad histológica de Madrid por el Excmo. Sr. Dr. D. Andrés del Busto y Lopez, 1875.

emitido, puede darse por resuelto, gracias á los importantísimos trabajos de Wirchow. Hoydía sabemos que la libre formacion celular es una suposicion gratuita, ilusoria y abandonada hasta por sus mismos partidarios; que todas las producciones orgánicas proceden de células preexistentes, así como el organismo entero procede, en último término, de la célula que se desprende del ovario; que los tejidos se forman por una diferenciacion sucesiva de las células embrionarias que constituyen la membrana blastodérmica, y que el axioma de Remark, *Omnis cellula in cellula*, ó mejor el de Wirchow, *Omnis cellula a cellula*, puede considerarse como una verdad inconcusa, susceptible de comprobacion en todo tiempo y en todo lugar»¹.

De esta misma opinion es el Dr. Maestre de San Juan, quien, en sus obras de histología, ha demostrado con erudicion poco comun que apenas hay autor clásico que no esté conforme en este punto.

El estudio de la anatomía comparada, bahuarte tambien desde el cual quieren defender su tésis los transformistas, no les es más fa-

1 D. Eduardo García Solá, *Tratado de patologia general y de anatomía patológica*, 2.^a edicion, págs. 722-723.

vorable que el de la anatomía general ó histológica.

Para demostrar que el hombre no es sino un mono perfeccionado, un gorila, diremos con dos autores ilustres, invócanse consideraciones anatómicas; se compara el cráneo de los animales con el del hombre primitivo, y creyendo encontrar analogías más ó menos reales, se deduce la fusion gradual del mono en el tipo humano. Estas analogías son imaginarias y desaparecen ante una detenida observacion.

«Véanse si no los cráneos encontrados en los sepulcros de la edad de piedra; por ejemplo, en los llamados de Brunignol y de Soleutré, y en los de la gruta de Cro-Magnon, que son los de época más remota, y llamará desde luego la atencion ver que apenas difieren de los cráneos del hombre actual» ¹.

Ni podemos ni debemos detenernos en el exámen de tan debatida cuestion; pero bueno será consignar que del *Informe sobre el progreso de la antropología*, publicado por el sábio profesor del Museo de París, que otros autores han reproducido y extractado, dedúcese la completa imposibilidad de la supuesta analogía del mono y el hombre, bajo el punto de vista anatómico.

1 MM. L. Vignier y W. A. Zimmermann.

Por eso se comprende, dice, que los antropólogos, discordes en otros muchos puntos, se hayan visto precisados á concluir unánimes que nada permite ver en el cerebro del mono un cerebro de hombre falto de desarrollo, ni en el cerebro del hombre un cerebro de mono perfeccionado (Gratiolet); que el estudio del organismo en general, y el de las extremidades especialmente, en armonía con un plan universal, permiten ver diferencias de forma y disposicion, que suponen aptitudes especiales y distintas, incompatibles con el hecho de una filiacion (Gratiolet-Alix); que en su perfeccionamiento, los monos de ninguna manera se aproximan al hombre, y, recíprocamente, en su degradacion, el tipo humano se aproxima al mono (Bert); y, por último, que no existe transicion posible entre el mono y el hombre sin invertir por completo las leyes naturales de desenvolvimiento (Bruner-Bey) ¹.

Por esto, los mismos transformistas, el mismo Haeckel, para sostener su tésis, tiene que apelar al muy pobre recurso de decir que el ascendiente inmediato del hombre no es ninguna de las especies conocidas; pero que, sin duda, desciende el hombre de un mamífero extinguido, que pondríamos seguramente en

¹ MM. L. Vignier y W. A. Zimmermann, *El mundo antes de la Creacion*, tomo II.

el orden de los monos, *si pudiéramos conocerle*. «Sin duda, también este mono primitivo (que no puede conocerse) procede de un maki *desconocido*, y éste último de un marsupial *extinguido*»; y..... «como los ascendientes directos de los descendientes primitivos no han cesado de variar, por eso no hay que pensar que entre las especies animales contemporáneas se encontrarán los ascendientes directos del género humano con la forma específica que les caracteriza.....»

Sin duda..... no podemos conocer..... desconocemos..... ¿Y es ésta la ciencia? ¿Y sobre lo desconocido se fundan hechos experimentales?.....

Concluyamos, pues, que los últimos adelantos vienen á confirmar lo que, en consonancia con la revelacion, dijeron Linneo y Cuvier, Blanville y Buffon; lo que dicen y demuestran con los físicos y filósofos cristianos los más ilustres naturalistas y médicos: «*Que no hay ningun hecho que pruebe la supuesta transformacion de los séres, innecesaria por completo para explicar su aparicion y existencia en el globo, é imposible de realizarse segun los adelantos positivos*».

No es, por tanto, extraño que algunos, como Gramontal, digan del darwinismo que no merece los honores de la crítica seria y de la

controversia formal; porque, estudiado detenidamente, no es, en realidad, otra cosa que «una novela científica», cuyo éxito en estos tiempos se explica; porque, como dice el sábio Paff, «ofrece al materialismo una posibilidad de referir la produccion y la subsistencia de todos los séres vivos á una casual concurrencia de causas físicas y químicas que obran exteriormente»; y porque, añadimos nosotros, á pesar de la buena fé de algunos de sus partidarios, es un instrumento que sirve perfectamente de arma de combate á la revolucion política, religiosa y social.

Esperemos, sin embargo, que no tardará en pasar esta fiebre del positivismo, que todo lo abrasa. Cuando Hegel murió (1832), ha dicho Yanet, nunca conquistador alguno dejó un imperio tan vasto y ménos disputado; y, no obstante, Hegel es ya tenido por lo que fué: por un soñador, que logró hacer pasar sus fantasías como magníficas realidades durante un cuarto de siglo. Lo mismo pasará, sin duda, con el hoy pujante materialismo experimental, que viene á vengarse de la antigua filosofía, que habia desdeñado la experiencia.

Á mediados del siglo, los *sábios* que dictaban leyes al mundo de la ciencia lo explicaban todo por la *idea* y despreciaban la *materia*; hoy muchos *sábios* lo explican todo por la *ma-*

teria, y colocan la *idea* en la esfera de las ilusiones y de los sueños.

¡Justa providencia de Dios, que así se muestra siempre en la historia por encima de las debilidades humanas!

El problema relativo al origen del hombre, confesémoslo lealmente con valor, no ha tenido hasta ahora más que soluciones religiosas, como afirma el ilustre Quatrefajes, quien añade: «Hoy día se acude únicamente á la ciencia para abordar y resolver este gran misterio. ¿Se ha resuelto? No temo contestar con la negativa más absoluta. La aparición de los vegetales, de los animales y del hombre sobre la superficie de este globo terráqueo, es un hecho. Explicarlo, ó determinar, al ménos, la causa inmediata de esta aparición, es todavía empresa superior á nuestros conocimientos, y tal vez lo será siempre» ¹.

Empero, si no podemos conocer científicamente el origen del hombre; si ni siquiera sobre la época de su aparición están conformes los pareceres, á pesar de las huellas que ha dejado á su paso por la tierra, sabemos perfectamente de dónde *no trae* su origen, y, como acabamos de ver, sabemos que nada tiene de

¹ *Le regne animal*, introduccion, tomo II.

comun *esencialmente* con el mono ni con otra especie alguna de animales.

IV

Aquí debiera dar por terminado mi trabajo; pero, aún á riesgo de ser molesto, no lo haré sin formular alguna de las dificultades que la ciencia, acorde con el simple comun sentir, hace al transformismo.

Si suponemos en los séres una escala gradual de perfeccionamiento, ¿cuál fué la línea seguida por la materia cósmica hasta formar al hombre? ¿Recorrió todo el reino vegetal antes de ser animal microscópico, saliendo, por ejemplo, el amibo de la palmera, ó se perfeccionaron ambos reinos á la par? Y puesto que de perfecciones se trata, ¿cómo y por qué los animales, al hacerse superiores, perdieron no pocas cualidades sobresalientes que antes tenían? ¿Cómo y por qué el hombre, v. gr., no conservó las pupilas y las alas del águila, la agilidad del corzo, la longevidad del elefante y la fuerza del leon? En una palabra: ¿qué selección tan torpe y atropellada fué aquélla que así dejó perder cualidades tan eminentes, perpetuando, en cambio, otras muy inferiores?

¿Y por qué todos los monos no se han trans-

formado en hombres? ¿Y por qué no continúa la evolucion aún?

¿Quién fué y cómo se compuso para transformarse en hombre el dichoso antropomorfo que, de repente, sin tener á quién imitar ni de quién aprender, empezó á caminar de pié y á hablar y á pensar? Y la Eva gorila, ¿apareció antes ó despues que el Adan mono?

Si, como el mismo Wallace, citado por una escritora ilustre ¹, reconoce, nada tiene que ver la lucha por la existencia y la supervivencia de los más fuertes con el desarrollo de ciertas facultades mentales, ni con el concepto ideal de espacio y de tiempo, eternidad é infinito, con el sentimiento artístico ó con las nociones abstractas de número y forma, ¿cómo pudo bastar una causa mecánica para encender la lámpara de Psiquis en la oscura conciencia animal; en qué momento dado se abrieron los ojos de la ex-bestia para contemplar el espectáculo de la Creacion, y sus lábios á la plegaria y su espíritu á la fé? «Oprimido Vallace por tan hondos problemas, que el transformismo no es capaz de resolver, desahógase y sacude su peso abrumador, reconociendo una voluntad inteligente superior á la humana. Rodeos para nombrar á Dios.»

¹ E. Pardo Bazan, *Reflexiones científicas contra el darwinismo.*—(*La Ciencia Cristiana*, núm. 30, vol. V.)

Y si la lucha por la existencia y la eleccion natural cambian y aniquilan las especies, ¿por qué todavía tenemos moscas, y hormigas, y pulgones, que ni cambian ni se perfeccionan jamás?

Por último, ya que hoy no se conozcan séres mixtos, séres de transicion, digámoslo así; y aunque demos de barato que, si hoy no los hay, los hubo en otros tiempos, ¿cómo es que, á pesar del afan con que han sido buscados por los prehistóricos los fósiles, los han desmentido? ¹.

.....

Todo lo dicho, en cuanto se refiere á la parte puramente físico-orgánico-anatómica del

1. En el golfo de Méjico, en la Florida y en otros puntos de América, se hallan bancos de coral, conchas y otros moluscos, para cuya formacion se han necesitado, segun cálculos de los naturalistas que los examinaron, cien ó doscientos siglos, y las conchas de las primeras capas son tan complejas y caracterizadas como las últimas.

»En los terrenos anteriores á la época moderna se han descubierto 21,000 animales fósiles, segun Orbignis, y 1,557 vegetales, segun Brogniard; 400,000 animales y 200,000 plantas, segun Focillon y Duchartre respectivamente; en todos los cuales se observa perfectamente la distincion específica, mezclados unos con otros, como lo están los séres que hoy viven sobre la tierra, sin vestigio de transformacion.» (D. Francisco de Asis Aguilar, *op. cit.*)

Iguals conclusiones se han venido tambien á sacar, por fin, de los restos humanos hallados en las famosas cuevas de Eugis, cerca de Lieja, y en la de Neanderthal, cerca de Dusseldorff, y con cuyo hallazgo tanto ruido quisieron hacer en su favor los paleontólogos transformistas, intentando deducir de la presencia de un solo cráneo, en *algo parecido*

hombre; que si parásemos la consideracion en sus peculiares instintos, y, sobre todo, en la palabra y en la inteligencia é inventiva, sus distintivos más esenciales, ¡qué nuevos horizontes no se ofrecerian á nuestro pensamiento! ¡Qué luces más claras no iluminarian lo tenebroso del seno donde se albergan los falsos conceptos del transformismo!

La mecánica y la química, ha dicho con razon Echegaray, son impotentes para explicar la conciencia.

«Enseñadme un mono que hable, y entonces reconoceré que el hombre es un mono perfeccionado; mostradme otro que fabrique ha-

al del mono, que en los tiempos prehistóricos hubo una raza de hombres-monos. Deducion tan lógica, aun admitido el supuesto parecido, como la que se haria si al encontrar un dia los restos del gigante Goliat y de los famosos chinos, que aún no hace mucho fueron la admiracion de Europa, sacara un sábio del porvenir que en los tiempos bíblicos hubo una raza de hombres de diez y ocho piés, y posteriormente, en la época del espiritismo y del transformismo, una especie humana, cuyos individuos vivieron pegados por las espaldas.

Mas hé aquí que hasta les dados á semejantes novelas confiesan, por boca de Sir Tohn Lubbook, que «evidentemente sería imprudencia suma generalizar por esos dos casos aislados, *aun cuando se combinasen en sus caracteres y fuese indudable su antigüedad*; pero es el caso que, con respecto al de Neanderthal, la prueba de su antigüedad está lejos de ser decisiva, y los dos cráneos son muy desemejantes» (a).

(a) *El hombre prehistórico. (Boletin del vicariato de Gibraltar, 1885.)*

chas de sílex y flechas, que cueza sus alimentos, y que obre, en fin, como una persona inteligente, y entonces confesaré de plano que no soy sino un orangutan revisado y corregido»¹.

En este punto, si tratásemos de discurrir sobre estos dónes exclusivos, personalísimos del hombre, á quien el Hacedor quiso señalar y distinguir de tan raro modo, ni una razon que oponernos hallaríamos en los transformistas; por eso que hablen poco ó nada de ellos la generalidad, y eso que Darwin osa decir que «la necesidad, el hábito, la experiencia, crearon las relaciones sociales; que la admiracion y la curiosidad engendraron las creencias religiosas, y la prolongada cultura produjo la idea de Dios».

Por eso, sin duda, hasta los pueblos bárbaros creen en Él, y los sábios de las escuelas filosóficas positivistas le niegan. Luego el materialismo, cuya escasa cultura no ha llegado aún á engendrar la idea de Dios, ¿es la barbárie primitiva?.....

V

Allí, á la barbárie, á la bestialidad, á que nos rebajemos al nivel de los brutos, sin li-

1 MM. L. Vignier y W. G. A. Zimmermann. (*Op. cit.*)

bertad y sin conciencia, es á donde quiere llevarnos, es á donde nos llevaria el triunfo de la funesta escuela, cuyas enseñanzas hemos analizado y rebatido.

¿Se quieren las pruebas? Pues véase qué conclusiones sacan y cómo hablan del hombre los que quieren regenerar el mundo con los resplandores de *la nueva ciencia*:

«Nadie puede dudar que la vulgarizacion del realismo científico, ó, si se quiere, del materialismo animal, ha de echar por tierra lentamente, sí, pero con seguridad, el órden actual de cosas, en el que justicia, moral, política, todo, en suma, se ha ido levantando con el trascurso del tiempo sobre la flotante y vaga idea de un Dios en el universo» ¹.

«El hombre es un mamífero placentario, distinto de los mamíferos inferiores, pero del mismo origen..... Sí, no cabe duda; Darwin lo ha dicho, y yo lo confirmo: nuestro progenitor fué un cuadrúpedo velludo, provisto de cola, de orejas puntiagudas, y que habitaba en los árboles; es decir, un mono.

»Porque si no puede decirse en qué instante de la evolucion del tiempo, ni en qué condiciones aparecieron los primeros seres vivientes en el fondo de los mares, se puede asegu-

¹ Aug. Jacquod, traduccion de la obra de Büchner: *Conferences sur la theorie darwiniana*.

rar que se formaron químicamente, á costa de los compuestos del carbono inorgánico» ¹.

«Así, los moneras primitivos nacieron por generacion espontánea, y sólo por ella se explica el origen de la vida en los animales y en el hombre. Quien no cree en la generacion espontánea, ó, más bien, en la evolucion secular de la materia inorgánica en materia orgánica, tiene que admitir el milagro» ².

Es decir, que de no admitir el milagro que la ciencia encuentra necesario, y que tan claro se presenta á la razon que la pasion sectaria no entenebrece, el milagro que cantan las armonías de los mundos y de los séres, ¿ha de creerse el absurdo materialista con todas sus consecuencias, el absurdo materialista que repugna á la razon y que carece de base científica?

Pues bien, la eleccion no es dudosa. Optamos por el milagro, con los más ilustres físicos y naturalistas; con los más grandes entre los sábios filósofos y astrónomos; con los Pasteur y Liebig, Bernard y Blot, Cuvier y Lin-

1 ¿Cómo? ¿Y las pruebas? ¿Ó basta que Darwin lo haya escrito y Haeckel lo confirme con su indiscutible autoridad, por más que hayamos convenido en echar abajo toda autoridad? Este autocratismo en el lenguaje dá tres y raya al antiguo *magister dixit*.

2 Palabras de un discurso pronunciado por Haeckel en el Congreso antropológico celebrado en París durante la Exposicion de 1878.

neo; con los Copérnico y Kepler, Galileo y Newton, Harvey y Wolta, Bacon y Alberto Magno, Torricelli y Buffon, Lavoissier y Secchi.

Optamos por el milagro, con los médicos más eminentes, que en él creyeron: Bayle y Sydenhan, Boerhalla y Hoffman, Tissot y Bordeau, Laenne y Dupuitren, Fourquet y Nelaton.

Por el milagro que hoy defienden y proclaman, con los sábios de todas las escuelas filosóficas cristianas: Barrande, el eminente paleontólogo francés; Dabbadies, el explorador de Abisinia; Lappareu, el gran geólogo; P. Perry, digno sucesor de Secchi; Vallée Poussin, cuyos recientes trabajos de litología microscópica fueron objeto de admiración en el último universal certámen de París; Moigno, cuyo nombre es de la más alta autoridad en todos los centros sábios; la mayoría de las eminencias de nuestras Academias y Universidades, y no pocos de los más renombrados histólogos.

El milagro que reverencian todas las naciones, que dió forma á la Europa cristiana, y que ha sido, y es, y será, el estímulo de las más puras glorias, de las más grandes empresas y de las virtudes más fecundas.

El milagro, es decir, Dios, con el que todo

es luz; sin el cual todo es sombras, así en orden á la inteligencia humana, como en orden á la naturaleza, como en orden á la sociedad.

El milagro, es decir, el libre albedrío, la libertad humana para obrar, la libre voluntad para querer.

El milagro, es decir, el misterio de la palabra y de la conciencia del hombre; el de sus facultades inventivas y sus aspiraciones insaciables; el de los tumultuosos encontrados afectos de su corazón; el de sus vuelos á las regiones de la luz, de sus desmayos en las nieblas de la duda, de sus caídas en los abismos de la negación materialista.

Todas las eternas verdades, en fin, que la conciencia universal proclama, y que ni cambian con el tiempo ni pueden estar á merced del avance ó retroceso científico, porque son absolutas y eternas, y porque, como dijo Champollion, y oportunamente recordó el docto profesor Dr. Martínez y Molina en su discurso inaugural, tan váriamente juzgado, «no hay verdad contra la verdad»¹.

1 •Negar la posibilidad del milagro (que no es otra cosa que el hecho que excede las fuerzas naturales, y no puede atribuirse sino al Autor de la naturaleza), sobre ser impío es absurdo; y al que se atreva á hacerlo se le haría demasiado honor en castigarle, pues no merecería sino que le encerrasen en una casa de locos.» (*J. J. Rousseau.*)

Pues bien; ya que hoy hay sábios que fantasean que la ciencia sin la moral, ciencia práctica de la vida, puede dar buenas costumbres y felicidad á los pueblos; sábios que al tratar del sér pensador, inteligente y libre, no quieren abarcar el concepto humano todo entero, cayendo así en graves errores; ya que hay quienes pretenden oscurecer por completo el inmenso campo del espíritu, esa suprema region en donde se desenvuelven los afectos y las acciones responsables y la libertad, deber de cuantos otras creencias atesoran es llevar su piedra al dique que ha de contener el torrente materialista, que, solicitado por las pasiones humanas y engrosado por los impetuosos caudales que á él aportan los Compté y Littré, Büchner y Moleschott, Haeckel y Spencer, amenaza inundarlo todo, como ganoso de sumergir y arrastrar deshechas leyes é instituciones, la Religion, la familia y la autoridad ¹. Y hé aquí por qué la eleccion de mi tema.

Que no es posible considerar en calma «lo que es la vida entregada á las solicitaciones de los intereses materiales y sensibles, y al estímulo de los apetitos y el mundo, viviendo sin enlace con lo divino, es decir, con Dios,

¹ Las siguientes líneas se añaden al discurso para su publicacion.

sin ideal, sin esperanzas, á solas con sus miserias y dolores, con sus pasiones y desfallecimientos.

«Ya con la disminucion de la sávia religiosa y de las creencias, los caractéres se han rebajado, las virtudes han disminuido, la pobre alma humana ha visto eclipsarse risueñas y consoladoras esperanzas, y la libertad moral vacila y desfallece. Cual las montañas al abandonarlas el sol despues de dorar su cima con los últimos rayos quedan tristes y frias, así me parece que van quedando las altas regiones del alma»¹.

Y si así se expresa, y si esto dice el elocuente orador del Ateneo, á pesar de las contradicciones de su espíritu y pensando sólo en la influencia de la indiferencia religiosa y del racionalismo, ¿qué no temeremos nosotros al considerar que el mundo y el hombre pudieran ser dominados por el materialismo?

Si el poder de las tinieblas se enseñorease de la Europa con la descristianizacion de la raza latina, como quiere Michelet; si, como deseaban los estudiantes del Congreso de Lieja, pudiera rasgarse el cielo como una bóveda de papel; si todos los que sufren llegaran á vengarse, segun les incita Clatigny; si á los

¹ D. J. Moreno Nieto, discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid, 1877.

golpes reduplicados del fuego *monístico* y á los disparos de la teoría de la evolucion se desmoronase el edificio de la jerarquía y la roca del dogma, como sueña Haeckel, ¿qué sería de la sociedad?

¿Qué sería de ella si lograra plantearse el programa del materialismo, que dice con Lavelaye: «es preciso que sepamos usar de la violencia..... nosotros somos quien cree la verdad..... sólo la fuerza crea y conserva en este mundo..... ella es la que fija las necesidades sociales y las reglas del derecho?.....» ¹.

¿El programa que sigue repitiendo «que un derecho sin fuerza no es más que vana palabra, y que no sólo la fuerza aventaja al derecho, sino que la fuerza es el derecho»?

Montones de cadáveres y de ruinas, lagos de sangre y cieno: hé aquí los frutos que en la balumba inmensa de sus trastornos daría la práctica del materialismo triunfante en la conciencia, en las leyes y en la sociedad.

Porque, según él, «Dios no existe»; «el alma es una quimera»; «la religion una debilidad»; «el pensamiento una secrecion del cerebro»; «la libertad vana palabra»; no hay, por tanto, culpables, sino enfermos ²: «el pudor

¹ *Revue de Belgique*, publicada bajo la direccion de M. Emilio de Lavelaye.

² Los materialistas suelen, no obstante, tratar como *culpables* á los *enfermos* que no piensan como ellos.

fué inventado por las mujeres mal conformadas»; la inocencia es una simpleza, y la moralidad cosa tan relativa, que «colocándonos bajo el punto de vista de la sociedad europea, varios pueblos perecen fatalmente desprovistos de ella, mientras que várias especies de animales dán de la misma sorprendentes pruebas» ¹.

A la vista de semejantes desvaríos, los que con la verdad filosófica y la verdad científica reconocemos á Dios, que se manifiesta en nuestra conciencia en consonancia ó por encima y á despecho de la física y de la fuerza; los que descubrimos la razon de nuestra dignidad en el gran libro de la naturaleza y en la superior naturaleza de nuestro pensamiento, justo y bueno será que no callemos cobardes ante la audaz garrulería de que tantos se dejan seducir, y tengamos el valor de confesar que, como antes indicamos, los eternos principios sobre que se asientan los fundamentos sociales y los siglos reverencian, ni envejecen con el tiempo, ni pasan con el progreso necesario de las ciencias.

Y añadamos, con Lefebre, que el que pasa es el error; el error, que si se esparce en ocasiones con desoladora proporcion, tarde ó temprano acaba, porque es estéril.

1 ¿Á dónde vamos á parar?, por monseñor Dupanloup.

«Así como entre los seres vivientes, los monstruos, cuando mueren, mueren por entero, por haberlos Dios condenado á la infecundidad, así en el mundo moral la monstruosidad del error se halla bajo el peso de idéntica maldición, al paso que la fecundidad de la verdad es imperecedera»¹.

17 de Marzo de 1880.

1 Lefebvre, discurso pronunciado en la Sociedad científica de Bruselas, 18 de Noviembre de 1875.





12

